



ACADEMIA CHILENA
DE CIENCIAS SOCIALES
POLÍTICAS Y MORALES

DISCURSO DE RECEPCIÓN
COMO MIEMBRO DE NÚMERO
DE DANIEL MANSUY HUERTA

Académico Carlos Peña González¹

Señor presidente de la Academia, estimados académicos y académicas, familiares de Daniel Mansuy, estimados amigos y amigas:

Si hubiera que justificar la incorporación de Daniel Mansuy a esta Academia, y si para hacerlo hubiera que identificar nada más que una razón, entre las múltiples que podrían esgrimirse bastaría citar el discurso que acabamos de oír porque él resume, como en un ejemplo, las preocupaciones intelectuales y la sensibilidad del nuevo académico y las virtudes que explican con creces su presencia hoy día entre nosotros.

Daniel Mansuy es un intelectual público cuya notable obra escrita y cuyas frecuentes intervenciones -en cada una de las cuales disecciona el acontecer, obligando así a sus partícipes a tener una conducta más alerta respecto de lo que hacen o lo que dicen-- estimulan la vida cívica y contribuyen a hacer más rica y más espesa la deliberación acerca del tipo de vida que, como comunidad, queremos llevar adelante.

¹ Discurso de recepción a la Academia Chilena de Ciencias Sociales, Políticas y Morales de Daniel Mansuy Huerta, pronunciado por el Académico Carlos Peña González, en el Salón de Honor del Instituto de Chile el 31 de agosto de 2023.



Pero no sería correcto reducir la presencia y el rol del nuevo académico al análisis cotidiano del quehacer político, puesto que él todavía se ha dedicado, con gran talento, a examinar el transcurso del largo plazo de nuestra vida común y como consecuencia de ello ha escrito dos libros en mi opinión indispensables para la comprensión de las posibilidades y los límites del Chile contemporáneo: en uno de ellos examina la transición y los sobreentendidos que la configuraron, y en el otro se asoma a uno de los episodios más dramáticos del último medio siglo, y al papel que en él cupo a uno de los políticos cuyo desempeño, opiniones y dilemas aún alimentan la memoria y la imaginación política de la sociedad chilena. Se trata de dos obras ineludibles para quien desee comprender la política contemporánea que, aunque sus cultores no lo adviertan, se alimenta de la sombra alargada de esos días. Quienes miren hacia atrás y se ocupen de lo mismo que ha ocupado a Daniel Mansuy en esas obras, podrán estar o no de acuerdo con él, con las interpretaciones que formula o los hechos que subraya, pero no podrán ignorarlo.

Pero si basta dar un vistazo a la obra que menciono para justificar que la Academia lo haya invitado a formar parte de ella, la justificación se acrecienta, hasta volverse obvia y flagrante, cuando se atiende al discurso que acabamos de oír y en el que quiero, en lo que sigue, detenerme.

Al escuchar ese discurso donde se examina la moral de Camus, se cae en la cuenta que la preocupación de Daniel Mansuy no es estrictamente la política, sino lo que en ella subyace o, mejor dicho, que lo que a él le interesa no es el tráfigo de la lucha cotidiana, los debates, las pedradas y las zancadillas de que está llena la competencia por el poder, sino el sentido o el sinsentido que todo eso posee



cuando se lo mira al trasluz de la condición humana. Para el nuevo académico la verdadera grandeza de la política no radica en su desmesura, sino en el hecho que ella es una forma imperfecta y casi a tientas de configurar la vida colectiva y satisfacer, hasta donde eso es posible, las necesidades humanas. Solo donde la

política reconoce sus límites, que es otra forma de tener conciencia de sus posibilidades, ella logra refulgir y adquiere toda su dignidad; pero allí donde se deja persuadir por el deseo excesivo, o se pone incandescente al abrazar un ideal utópico, la política pierde toda su dignidad y en vez de ser un quehacer que hace posible una vida mejor, se transforma en algo que la estropea y sin exageración, muchas veces la envilece.

La preocupación a la que acabo de aludir es la que explica, sin duda, que él haya escogido como tema de su incorporación a esta academia las ideas de Albert Camus y en especial las que este autor expuso en *El hombre rebelde*.

Como todos ustedes saben, cuando Camus publicó ese libro el año 1951, antes del *Opio de los intelectuales* de Raymond Aron, encendió las iras de Sartre y de la izquierda francesa, la que entonces justificaba, con pretextos de variada índole, los campos de concentración de los disidentes y los asesinatos detrás de la cortina de hierro. La razón que, por ejemplo, argüía Sartre para llevar adelante esa justificación, era que estábamos sumergidos hasta el cuello en el magma de la historia, o como a veces prefirió, hundidos y flotando apenas en una piscina, la piscina de la historia, en la que buenos y malos, dominadores y dominados, debíamos nadar, sin poder salir de ella, y que, por lo mismo, decía Sartre, resultaba absurdo pretender que alguien podría eximirse de bracear, saltar fuera de esa piscina, tomar distancia y no tomar partido. Hoy día, por supuesto, ya



nadie justifica las demasías que se siguen de esa imagen sartreana; pero sigue en pie la idea que la agencia humana debe inclinarse ante las circunstancias históricas o de otra índole.

Ahora bien, me parece a mí que cuando se atiende con cuidado al discurso con que Daniel Mansuy se incorpora hoy a la Academia, se advierte que lo que a él preocupa es justamente lo último que acabo de señalar, es decir, el lugar que la agencia humana posee en la historia o, más precisamente, en la política. Es ese problema crucial para comprender los avatares de la vida colectiva -si el ser humano tiene o no la última palabra o si, en cambio, la tienen las circunstancias y la historia- lo que le interesa a Daniel Mansuy en la obra de Albert Camus y en su disputa con la inteligencia de su tiempo.

Albert Camus, a quien el nuevo académico se ha referido con detalle, diagnostica como uno de los problemas de la modernidad política la aparición de un fenómeno que reclama para sí estatura de verdad. Se trata del asesinato lógico, es decir, del asesinato que es producto de un silogismo, el crimen que llama en su auxilio a la razón, a cuya luz, por su parte, se ha logrado inteligir la necesidad histórica. El crimen lógico no es lógico porque sea el resultado de la planificación, ni porque en él haya cálculo, es el crimen que es reclamado por la razón, aquel que es necesario de ser realizado si es que se aspira a que el bien refulja sobre la tierra, el acto que es reclamado por la historia. El fenómeno ha sido descrito muchas veces; pero Camus, y con él Daniel Mansuy, reparan en un aspecto que es digno de ser subrayado y del que podemos sacar muy relevantes lecciones para nuestro tiempo. Se trata de la siguiente: el fenómeno que acabo de describir, la creencia que la historia tiene un guion oculto que justifica nuestros pasos -y que Camus diagnostica en la primera línea del hombre rebelde- acaba suprimiendo el



discernimiento moral frente a la vida colectiva que es lo que a Daniel Mansuy, según se puede advertir en su discurso y en su obra, preocupa más que ninguna otra cosa, porque él está consciente que sin discernimiento moral, sin la capacidad de resistir la circunstancia, sin la conciencia de que en la historia reina un magnífico factor de incertidumbre, la misma política ya no es simplemente posible.

Y es que el discernimiento moral exige, a la vez, libertad y conciencia de los límites; libertad porque sin ella discernir el curso que deba emprender la conducta carecería de todo sentido; pero a la vez conciencia de los límites porque esa conciencia es la que nos hace saber que carecemos de todas las respuestas y que, porque carecemos de ellas, debemos ser capaces de detenernos ante el secreto de cada conciencia, y abrigar la disposición a comprender antes de discutir y a discutir antes que a condenar. La pura libertad concebida como simple franquía sin conciencia de los límites, no equivaldría, como alguna vez lo subrayó Kant, a genuina libertad.

Ahora bien ¿qué puede significar eso para la política contemporánea, la política que comenta y acerca de la que medita Daniel Mansuy?

Al leer la obra del nuevo académico y atender al brillante discurso que acaba recién de pronunciar, me parece que hay en él una cierta caracterización de la modernidad o si se prefiere de lo moderno, en la que vale la pena reparar.

Según hemos oído, Albert Camus no es propiamente hablando un moderno o lo sería de manera excéntrica ¿En qué consistiría, sin embargo, cabría preguntarse su



excentricidad?

Para saberlo es imprescindible revisar, siquiera someramente, en qué consiste, cuando se la mira desde el punto de vista que ha adoptado en su exposición Daniel Mansuy, la cultura moderna.

La cultura moderna, en cuyo interior desenvolvemos nuestra vida y donde desplegamos ese quehacer imprescindible en una democracia que llamamos política, se erige desde dos ideales que son hasta cierto punto complementarios y, aunque suene paradójico, contrapuestos. De una parte, hay un intenso reclamo de libertad y de autonomía, un anhelo de discernir cada uno por sí mismo cómo quiere vivir, y de otra parte, se desea con pareja intensidad que el mundo que nos alberga sea también fruto de esa misma autonomía. Un mundo, en suma, que sea resultado de nuestro discernimiento y en cuyo interior podamos ejercitar la libertad. Ese es, como recuerda Daniel Mansuy, el ideal maquiaveliano, el ideal de un mundo con total franquía y sin límites. El problema es que ese ideal, que parece ser complementario, libertad en lo individual y en lo colectivo, todo a la vez, es también un ideal hasta cierto punto contradictorio puesto que la libertad requiere, para ser cabalmente ejercida y para que sus elecciones confieran sentido a nuestra vida, la existencia de bienes que sean tales no porque los prefiramos, sino bienes que elegimos en razón de lo que son, cosas que elegimos porque las sabemos valiosas y no cosas que son valiosas porque las elegimos. Pero para que esos bienes existan se requiere que nuestra individualidad y nuestra existencia tenga vínculos y esté animada por convicciones que no sean el fruto de nuestra simple franquicia o capacidad de elegir, sino que estén enraizadas en nuestra experiencia vital y sean capaces de orientar nuestras elecciones. Es lo que se



retrata en forma magnífica en el que pudiéramos llamar el incidente de Estocolmo que Daniel Mansuy relató hace un momento al iniciar su intervención. Si eso es justicia, dijo entonces Camus refiriéndose a los atentados ejecutados en los tranvías de Argel, prefiero a mi madre. El juicio de Camus, cabría observar, no es un juicio normativo o abstracto, no es un juicio normativo o de cálculo, no es el juicio que pudiera formular alguien que cree en el curso inexorable del acontecer (¿qué son estos muertos hace decir Koestler a uno de sus personajes de *Oscuridad a mediodía*, frente a la gran caravana de la historia?); ni tampoco, para dar un ejemplo del otro extremo, es equivalente al juicio emitido por un utilitarista (que prefiere el sacrificio de un individuo o de la minoría si con ello acrecienta la felicidad del mayor número); ni, en fin, un juicio como el que inspiraría Rawls o Habermas (¿acordaríamos ese sacrificio si lo pudiéramos discutir en condiciones de igualdad?). El juicio de Camus en el incidente de Estocolmo y que Mansuy identifica con acierto como el modelo que late en nuestra experiencia moral, está inspirado por la experiencia vital y enraizado en nuestra existencia.

Ese rasgo que Camus asigna a la experiencia moral, o más precisamente a nuestro obrar moral, lo distancia del todo del historicismo que en su época (y por desgracia aún hoy día en ciertos sectores) inundó la cultura e hipnotizó a los intelectuales con las notables excepciones de autores como Koestler o Aron. El historicismo trasladado a la moral, como muy bien subraya Mansuy, equivale a un forma de teodicea o explicación de los tropiezos y padecimientos humanos que consiste en compensar el sufrimiento de hoy con el bienestar que asoma en el mañana y que no asomaría, o tardaría en asomar, si no consintiéramos en cometer un crimen o un sacrificio actual. El paradigma de ese historicismo es, por supuesto, Hegel quien dijo en sus *Lecciones de filosofía de la historia* que si bien al mirar el pasado solo vemos ruinas, un inmenso altar, agregó, donde se ha



sacrificado la dicha de los pueblos y la virtud de los individuos, sugirió, al mismo tiempo, que podemos consolarnos al pensar en el fin o el propósito con que se consintieron esos enormes sacrificios. Lo que el historicismo olvida, y lo que Daniel Mansuy detecta en cada una de las líneas que escribió Camus, es que los vínculos que tenemos, la experiencia vital que nos constituye, los recuerdos en los que nos reconocemos, son insustituibles y ellos son, al menos en esta vida, que para Camus debió ser la única que nos fue dada, todo lo que tenemos, de manera que el historicismo cree hacerla más justa y mejor pero en realidad abdica de ella y la arroja por la borda de la historia o convierte a los adversarios, como enseña la condena que el Salmo famoso desea a los malvados, en una brizna a merced del viento de los días.

¿Hay algo en la ética de Camus acerca de la que Mansuy llama la atención, que la haga urgente, valdría la pena preguntarse, en el Chile de hoy?

Afortunadamente hoy nadie parece en Chile estar animado por la desmesura o en eso que los autores clásicos llamaron el mal del infinito y para cuya consecución ningún precio a pagar parece demasiado alto. Hoy estamos lejos del milenarismo que de lado y lado inspiró la política chilena tanto en el lapso que media entre los sesenta y los setenta del siglo pasado como en el tiempo posterior cuando se instaló lo que pudiera llamarse la revolución capitalista; pero de tanto en tanto asoman convicciones globales casi incandescentes que invitan a alejarse de esa moral enraizada en la propia vivencia existencial que Daniel Mansuy detecta en la obra de Camus. Porque en la obra de este último la moral no consiste en una convicción global de la que, en un ejercicio racional, se puedan derivar consecuencias para los problemas acuciantes o los dilemas que la vida nos



presenta, sino que la moral, para este autor, es una forma de situarse ante el mundo, de saber que los males del mundo son también, en alguna medida, males propios y que, en consecuencia, el primer destinatario de la moral y de los juicios que de ella se siguen es el mismo sujeto que los formula.

Hay, por supuesto, y es necesario destacarlo, algo de lo mejor del cristianismo en ese punto de vista que Daniel Mansuy encuentra en la obra de Albert Camus. El cristianismo, en efecto, desconfía de cualquier proyecto político o de cualquier ensoñación que lo acompañara, porque para él nada se asemeja al futuro que se acerca y frente al cual cualquier promesa intramundana parece poca y parece gris. Y también el cristianismo sabe que un mundo sin límites no es propiamente un mundo, sino la carencia de mundo, como el propio Nietzsche lo observa al imaginar a la sociedad moderna satisfecha de sí misma: los habitantes de ese mundo somos más libres que nunca antes, dice este autor, miramos en todas direcciones y no percibimos ningún límite, tenemos la ventaja de sentir un inmenso espacio en derredor, pero también y al mismo tiempo un gigantesco vacío.

Creo que entre los intelectuales públicos Daniel Mansuy es uno de quienes tiene una sensibilidad más aguda y equilibrada en torno a ese problema que él detecta una y otra vez en su obra y en cada una de las ocasiones en que analiza con ánimo crítico la política y las decisiones de nuestra vida pública. Y podemos abrigar la certeza que él seguirá ejercitando esa vocación suya y esa sensibilidad en la academia que ahora lo acoge y lo recibe, en la confianza que los deberes que ella posee, que consisten en contribuir mediante la reflexión racional a la mejor comprensión de los problemas públicos, de aquí en adelante y gracias a la presencia del nuevo académico en ella, serán mejor servidos que nunca.